

# RUSIA

Hace varios días dejé a una oficinista una larga crónica grabada en un disquete de 3.5" y algo de dinero. Quedó en uno de los decadentes y caros hoteles estatales rusos "Intourist". El texto debería haberlo enviado hace un par de semanas por Correo Electrónico. Contaba las primeras vivencias del viaje. Pero me parece que la señora no la ha enviado.

Así que la re-escribo otra vez.

En este momento estoy sentado en algún lugar de Ulan Bataar, capital de Mongolia. Miro alrededor y veo un pequeño y frío despacho con dos ordenadores, mapas con chinchetas en la pared y teléfonos. En esta habitación trabaja Batsegseg como agente, trayendo turistas japoneses a Mongolia. Batsegseg es una amiga local que a hurtadillas me ha prestado sus llaves. Me he colado a escribir lo que lees. Son las tres de la mañana, la ciudad duerme y en tres horas veré otro amanecer en el centro de Asia.

En mayo de 1997 corté mi relación con Argentina. Volví a España después de tres años y medio en este maravilloso país me han dejado muy marcado. Tenía la intención de viajar dos o tres meses antes de reconectar con la vida diaria en mi país natal. Llevaba ya más de ocho años viviendo fuera de España, entre Chicago, Nueva Jersey, San Juan de Puerto Rico y Buenos Aires. Por primera vez tenía las dos cosas más importantes para viajar, tiempo y algo de dinero. Ganas las he tenido siempre.

Un mes después tomé el vuelo de Madrid a Moscú. Viajé en un viejo y sucio Tupolev, el "Jumbo comunista". Tras muchos empujones y discusiones para demostrar la titularidad de mi asiento, descubrí que mi respaldo había cedido hacia atrás. Durante las cuatro horas siguientes surqué los cielos europeos mirando dos salidas de aire acondicionado y un par de lamparitas. Esta incómoda situación, la ausencia de azafatas para resolverme el problema (juraría que las ví subir al avión) y la emoción por el inicio del viaje, me impulsaron a pasear por este castillo con alas. Las escaleras interiores del avión parecían las de acceso al salón-comedor del Titanic. Nunca he visto tanto espacio desaprovechado. Apoyado en un ojo de buey observaba la alfombra de nubes que se deslizaba debajo nuestro. Ví pasar a mi lado una joven pareja de rusos y se introdujeron juntos en un baño entre risitas. No los ví salir. Un rato después nos sirvieron un almuerzo frío en bandejitas de polietileno desgastado sólo apto para estómagos blindados.

Ya en el pequeño y viejo aeropuerto de Moscú sentí con intensidad que me hallaba en otro país. Cientos de turistas desorientados esperaban en una caótica cola para pasar la aduana, previa revisión del equipaje. El único aduanero, con cara de estar irritado, hurgaba desganado en las intimidades de cada maleta. Percibí que yo era uno de los pocos viajeros occidentales sin tour organizado. Algunos empleados corrían con un walkie talkie pegado a la oreja con la apariencia de estar resolviendo problemas. El caos aumentaba. Esperaba mi turno en una cola que no avanzaba y soportaba las advertencias de algunas turistas con gorrita de flores y bolso Vuitton, que me increpaban por ir a Rusia sin guía. Vimos pasar a un hombre maduro, de estatura media, pesaría unos 200 kilos, enchaquetado, con gafas de sol ancladas en la frente y obesos dedos cubiertos de brillantes anillos, pulseras de oro en la muñeca y un reloj poco discreto. Un par de porta equipajes le acompañaban detrás empujando torpemente dos carritos llenos de maletas nuevas. Con un par de codazos el gordo se puso primero de nuestra fila. Un rápido cruce de manos con el aduanero y "donación". Este se apartó inmediatamente, se apartó y le dijo al mafioso algo que sonaba como "¡tenga un buen día, señor!".

Yo ya estaba algo cabreado. Sobre todo cuando quise cambiar algunos dólares por rublos en el mini banco. Las esbeltas empleadas de camisas blancas y falda azul que circulaban sin ir a

ningún sitio me aseguraron sin interés que el banco estaba abierto. Delante, a tres metros, la ventanilla de la oficina estaba cerrada a cal y canto. Dije “¿no ven que está cerrado?” Ellas dijeron en inglés “golpee y abrirán”. Golpeé pero nadie abrió. “Siga golpeando y abrirán”. Seguí dando mamporros al cristal. Varios minutos después, cuando lo había dado por imposible, la cortinilla se levantó. Una marea de americanos y yo corrimos a cambiar con miedo de que el funcionario, que no paraba de bostezar, se cansara de atender y nos dejara sin rublos.

“Welcome to Russia”, decía un enorme cartel...

Una vez pasados todos los obstáculos, llegué a la puerta de salida. Allí tuve que resistir los ataques verbales (en ruso) y agarrones de los taxistas que me ofrecían un viaje hasta el centro de Moscú por sólo US\$50. Me protegía con mi mochila que pesaba 13 kg, a la que le había cosido un escudo del Betis y una bandera de España (conste que no soy facha). Llegué a la parada de autobús en una de las calles que rodean al aeropuerto. Dos sencillas viejecitas con un pañuelo en la cabeza y voluminosos bolsos de esparto me indicaron por señas qué autobús tomar. Llegar al centro me costó US\$0.20. Era el único occidental que viajaba en el lento y desvencijado vehículo de fabricación soviética.

Pasé varios días en Moscú alojado en una mastodónica ciudad hotel. Cada uno de los seis bloques-colmena, de 20 pisos de alto y 150 habitaciones por piso, era un planeta autónomo, con sus bares, discotecas, putas y vodka barato. La recepcionista de mi “colmena” arrancó la primera parte de mi visado. En adelante viajaría por Rusia con un cuadernito parecido a los vales de comida cuyas páginas irían arrancado los supervisores ferroviarios y conserjes de hotel en cada etapa del viaje. Fui advertido de que si perdía una fecha o me desviaba del circuito impuesto la agencia de Madrid tendría que reorganizar mi viaje. Desgraciadamente, para viajar barato es necesaria una invitación de alguna persona o entidad residente en Rusia. Yo no la tenía y gasté más de la cuenta.

Los dos o tres días en Moscú pasaron sin consecuencias. Ví lo que había que ver: Kremlin, algunas iglesias y palacios, Plaza Roja etc. El clima era bueno pero no me gustó el ambiente. Además, me encontraba muy solo. Moscú es una enorme ciudad llena de edificios antiguos, gente que deambula sin rumbo, expatriados con aspecto perdido, horribles bloques-tostador de viviendas colectivas, majestuosas y mal mantenidas fuentes y palacios, y calles abarrotadas de Mercedes 600 y BMW 750 negros con cristales tintados. La vida nocturna no me resultó demasiado interesante; había pocos sitios, caros y llenos de putas que sonreían a occidentales y mafiosos. La actividad cultural parecía intensa, pero los precios -especiales para turistas- eran demasiado altos para mí. Dejé San Petersburgo para un próximo viaje a Rusia.

El día de la partida en el Transiberiano *-el gran día-* llegó. En la zarista, decadente y superpoblada estación Komsomolskaya Ploschad de Moscú cientos de personas esperaban en el andén -sentados entre sus numerosos bártulos- la sirena que autorizaba la subida al tren. Señoras mayores con piel arrugada y curtida y escasa dentadura, ataviadas con telas y un pañuelo en la cabeza, cuidaban sus más de cien kilos per cápita de equipajes envueltos en telas de colores.

El larguísimo tren Transiberiano, con casi 30 vagones, aún dormido, y se extendía casi un kilómetro a lo largo de un interminable andén lleno de gente que esperaba pacientemente sentada en el suelo o simplemente tumbada sobre sus bolsas. Una placa blanca en el exterior de cada vagón, atornilladas sobre un fondo verde oscuro, leían en ruso MOSCU-VLADIVOSTOK. Este mítico tren es la arteria principal que comunica el Oriente y Occidente en un país de 22 millones de km<sup>2</sup> (40 veces España). El tendido de construyó en la época zarista con coste de muchas decenas de miles vidas de prisioneros de guerra, “coolies” traídos de la India y otros desheredados. La enorme pitón de hierro y acero se arrastra durante una semana desde el centro de Europa hasta el Pacífico a través de bosques, taigas, llanuras y estepas. Utilizado por todos los bandos en las numerosas guerras y revoluciones que ha sufrido Rusia en la primera mitad de

este siglo, el Transiberiano es una autopista que da movilidad a miles de contenedores, toneladas de madera y millones de almas a lo largo de sus 9,288 km de vida.

En la estación, los pasajeros arrastraban con esfuerzo el equipaje y comida necesaria para hibernar en el interior de una cabina de tren. Apestaba a comida y vodka. De repente, sonó el silbato y comenzó la espantada: todos arriba. La cabina, MI cabina de segunda clase (hay también tercera, pero está prohibida a los occidentales y va atestada de rusos, chinos y mongoles) en sus 6 metros cuadrados por dos y medio de alto, estaba recubierta de madera barnizada y equipada con cuatro cómodas camas-litera, dos por pared, una mesita de ventana plegable, una maceta con flores de plástico y cortinas raídas. La ropa de cama estaba cuidadosamente doblada sobre cada litera.

En el tren, la primera y segunda clase acogen a los ricos, mafiosos, militares y turistas occidentales. Entré y dejé caer mi mochila, me senté y esperé en silencio mirando por la ventana a que sonase la sirena de partida. Eran momentos de intensa emoción. Pronto empezaría un largo viaje siempre en dirección Este.

No pararía hasta muchos meses después, llegando a España por el otro lado del globo.

Varios minutos más tarde, se abrió la puerta corredera de mi cabina y aparecieron dos jóvenes militares con graduación. Me saludaron afablemente en ruso y mostraron sorpresa y alegría al saber que tendrían a un occidental como acompañante. Pues el 99% de los rusos, no hablan inglés ni francés. Rápidamente se despojaron de sus uniformes y se vistieron con chándales. Comenzó el descontrol. Vassily metió la mano en su bolsa de deportes y sacó una botella de vodka Stalischskaya. Me mostró detrás de una sonrisa cómplice la botella y tres vasitos, y me dijo con señas que era para beberla aquí y ahora. Metió la mano en su bolsa varias veces más, hasta que con orgullo había alineado en la mesita siete botellas de vodka de un litro y medio. Sergei vitoreaba mientras Vassily se divertía ordenando los envases y vasitos. Yo los miraba aterrizado. Pero vencieron rápidamente mi débil resistencia. Me cuesta mucho recordar los eventos de los tres días siguientes. Me parece que terminé comunicándome y babeando en ruso, noruego, lapón, indostán y alguna lengua tántrica.

A las 14:00 h. en punto, mientras ya iba por la tercera copa de vodka, sonó un largo silbato, y un brusco empujón acompañado con chirridos bajo nuestros pies nos decía que comenzaba el más largo viaje en tren. El gigantesco reptil verde, tirado por una vieja y mal mantenida locomotora de 10,000 caballos y 200 toneladas de peso, iba ganando velocidad. El tren salía lentamente de la estación arrastrando su enorme carga humana y material, con las ilusiones de los que regresan a casa y miedos de los que parten a tierras desconocidas. Yo, con toda la candidez de un viajero, iba cargado de ilusiones, ansiedades y deseos. Durante los próximos 5,185 km no me iba a topar con ningún occidental.

Cada vagón de 2º clase esta compuesto por un largo y estrecho pasillo alfombrado que da acceso a 10 cabinas con 4 literas. Durante el día las literas de arriba se empujan contra la pared y nos sentamos sobre las de abajo. Al fondo del vagón queda una pequeña cápsula común con una taza y un lavabo. Está prohibido usar la taza cuando el tren está parado. No hay ducha. En cada vagón viaja una cuidadora o Provodnitsa, mujer rusa entre 20 y 40 años, vestida con una camisa militar celeste, falda azul marino, y una insignia militar con forma de águila en el pecho. Son responsables de mantener limpias las cabinas y el pasillo, entregar las almohadas y ropa de cama, controlar los billetes, velar por el orden en el vagón y ayudar en lo que surja. Nuestra Provodnitsa se llama Olga. Tiene 27 años y un carácter bravío. Es delgada, alta y con el pelo rubio y rizado. Me trataba igual que a los rusos. Alguna vez llegó a increparme.

El tren sigue avanzando y le cuesta salir del extenso casco urbano moscovita. Veo por la sucia ventana la miseria de los arrabales. A estas alturas mi nivel de intoxicación etílica era alto. Lo que escribo a partir de ahora son referencias tomadas a posteriori.

Varias horas después, en el km. 289, pasamos por encima del poderoso Río Volga. A las 21:00, en el km. 357, paramos en Danilov durante 15 minutos. Esa noche me tocó dormir en una litera de arriba. Vassily y Sergei dormían en las de abajo totalmente ebrios.

A las 6:00 am día 2, en el km. 957, paramos otros 15 minutos en Kirov. Bajé al andén a pasear y refrescarme. Hacía fresco. El resto del día lo pasé con la nariz pegada a la ventana y disfrutando del paisaje, intentando comunicarme con mis compañeros de cabina y recibiendo visitas del resto del vagón. Los visitantes rusos se marchaban aburridos tras varios intentos infructuosos de comunicarse conmigo. Al medio día, superada la resaca, fuí a comer al vagón comedor, con asientos para 4 personas en cada una de las 8 mesas. Esperé mi turno y por US\$5 me sirvieron un menú a elegir entre Soljanka (sopa), filete Strogonoff, albóndigas con huevos fritos, o salchichas, acompañado de pan y bebida (vodka o agua). A las 18:30 el tren comenzó a subir por los Urales, la primera zona montañosa. En el km. 1.577 pasamos a 120 km/h por un punto muy importante: un solitario obelisco que señala el fin del territorio europeo y el principio de Asia.

A las 18:40 dejamos atrás los suburbios de Sverdlosk, lugar de nacimiento de Boris Yeltsin y testigo del asesinato de toda la familia del Zar en 1918.. Esa misma madrugada, mientras todos dormían, yo disfrutaba del suave traqueteo y balanceo del tren y me deleitaba mirando por la ventana del solitario y oscuro pasillo una de las mágicas noches blancas del verano ruso, en la que el cielo no oscurece completamente, y el sol se esconde a las 2:00 y renace a las 4:00. Había retrocedido la manecilla de mi reloj tres veces, lo que suponía una diferencia horaria con Moscú. Escuché un ruido y al final del pasillo ví una luz que salía de la cabina de la Provodnitsa. La penumbra se interrumpía con una silueta. Era Olga que me invitaba con señas a compartir un té. Contesté con la cabeza que sí. Me acerqué hasta su cabina y me hizo pasar. El silencio del vagón sólo era interrumpido por el monótono traqueteo del tren. Ví que Olga estaba descalza y llevaba una bata. Se había pintado los labios de rosa. Con una señal y una sonrisa me indicó que me sentase en una de las literas. Echó el pestillo de la puerta. Se acercó a mí y me puso una mano en la mejilla. Con la mano derecha tiró del lazo que se soltó. La bata se deslizó suavemente por su cuerpo hasta caer en la alfombra. Olga no llevaba nada debajo. La miré con cara inquisitiva y me sonrió con autosuficiencia. Apagó la luz.

Al día siguiente, en el km 2.078, entramos en Siberia.

Esa mañana el Transiberiano se paró en Perm, y tras despedirme de todos me apeé durante 24 horas para descansar. Perm es una fea ciudad industrial llena de fábricas abandonadas y voluminosos bloques colmena del más auténtico estilo colectivista.

A la misma hora del día siguiente retomé otro Transiberiano (salen a las 14:00 todos los días desde Moscú). De nuevo en una nueva cabina con rusos practiqué la misma rutina: socializar, divertirme y beber con otros viajeros, comer, mirar el paisaje, leer y dormir. Durante la corta noche el sol rebotaba contra un pacífico horizonte de pinos, tundras y casitas de madera que incesantes corrían de derecha a izquierda al ritmo del tacatá del tren.

En el km 2.712 pasamos por Omsk, otra importante ciudad siberiana llena de más feas fábricas, enormes edificios-tostador y graciosas casas de madera en los suburbios. Tras los últimos vestigios de civilización, otra vez invadían el horizonte extensísimas ondulaciones cubiertas de praderas y bosques que no terminaban nunca.

El río Ob pasó bajo nuestros pies en el km 3332. Es uno de los ríos más largos del mundo. Nace en el Altai mongol y muere en el Mar Artico. Inmediatamente después pasamos por la enorme ciudad de Novosibirsk, capital de Siberia y una de las ciudades mas ricas e industriales de Rusia.

En el km 4.100 hice otra parada de 24 horas en la industriosa y rica Krasnoyarsk. Michi, compañero ruso de cabina, me paseó por la ciudad y me llevó a caminar por verdes y montañosos parajes. Estaba en el corazón de Siberia. Tantos mitos, películas y libros se hacían realidad ante mis ojos. El clima era fantástico y el aire limpísimo. Por la noche, la espectacular

repcionista del hotel me llevó a conocer varios bares y discotecas y me mostró su hospitalidad. Otro encuentro más que gratificante. Vaya si empezamos bien...

Me reincorporé al tren. Un día más intentando hacer nuevos amigos y visitando otras cabinas del vagón. No importaba si podía o no comunicarme con ellos. Seguía siendo el único occidental y bastaba tomar un par de copitas de Stalischskaya para reír juntos. Cuando algún ruso hablaba inglés, por precario que fuera, aprovechábamos para intercambiar opiniones sobre la situación en Rusia, Lady Di, Ronaldo y las películas de Hollywood.

5.185 km y más de una semana de viaje desde Moscú fueron necesarios para llegar a Irkutsk, la antigua París de Siberia. Esta bella y decadente ciudad fue durante la época de los zares un importante centro de intercambio entre Oriente y Occidente. Irkutsk es el punto de partida para visitar el Baikal, el lago de agua dulce más grande y profundo del mundo. Tomé un autobús a Sludjanka, una aldea de pescadores en la orilla suroeste del lago y a 100 km de Irkutsk. Era un día lluvioso y desagradable. El clima no impidió que tomara un ferry que me paseó por este "mar" de más de 600 km de longitud. El lago Baikal se convierte en una enorme y gruesa placa de hielo durante el crudísimo invierno siberiano, que alcanza temperaturas de -40 grados y dura dos tercios del año.

Desde Irkutsk retomé el Transiberiano y serpenteamos durante 10 horas el majestuoso lago, bordeándolo en dirección Sur e introduciéndonos con frecuencia en la oscuridad de larguísima túneles, hasta Ulan Ude, en el km 5,642. En esta desolada ciudad fantasma llena de militares, niños desnudos y perros sin dueño, enganché con otro mítico tren, el Trans-mongoliano. Este tren comienza en el Sur de Siberia y termina más 3.000 km después en Pekín, atravesando Mongolia de Norte a Sur. Desde allí, tras esperar en interminables paradas, pasar comprobaciones y confiscaciones temporales de visados y pasaportes, y soportar registros e interrogatorios por las autoridades rusas y después mongolas, llegamos a Suche Bataar, primera ciudad fronteriza, ya dentro de Mongolia.

Pero Mongolia es otra historia sobre la que te escribiré en la próxima carta.

Tras tantas discusiones, charlas y reflexiones en una pequeña cabina de tren no puedo dejar de transmitir algunos de mis primeras IMPRESIONES

Rusia transita actualmente por un momento muy delicado. Está sufriendo una dramática decadencia, generada por un estado de confusión entre la gente de la calle y un marcado desajuste entre las reformas económicas y las políticas y sociales. Rusia ha entrado de repente en un capitalismo salvaje, sin haber adecuado previamente sus estructuras políticas y sociales ni educado a sus súbditos. Me he topado con una especie de hiper-liberalismo en una cultura donde aun impera la filosofía del mínimo esfuerzo, de trabajar sólo lo necesario para sobrevivir. No existe una mentalidad empresarial. Los pocos que la tienen se desmotivan rápidamente por los altos porcentajes de beneficios a pagar a las organizaciones mafiosas que corrompen cada cm cuadrado de este país. Los salarios son ridículos y los precios muy altos. La privatización de miles de empresas ha incrementado el número de parados en una cultura donde no conocían el significado de la palabra desempleo. La mayoría de los militares no tienen trabajo o no cobran desde hace tres años. Siguen yendo al cuartel cada mañana por miedo a perder sus derechos el día que el Estado decida pagar. La clase media ha dejado de existir y la clase alta sigue engordando sus cuentas en Suiza y comprando chalets en Marbella. La vieja nomenclatura comunista defiende su nivel de vida y mantiene impecables los jardines de sus "dachas" con los beneficios de la venta de bienes del estado, armamento, uranio, plutonio y otros componentes nucleares. Se dice que algunos burócratas venden con impunidad en el mercado negro Mig 25 o sofisticadas armas de destrucción masiva. La infraestructura pública está en total decadencia y numerosos edificios con bellísimas fachadas se encuentran en su interior en deplorable estado.

Anecdóticamente, lo mejor que ha quedado son algunos legados del comunismo: transporte público eficiente y barato, una efervescente y sofisticada actividad cultural (conciertos, teatro, opera, ballet ... ) y una población rural autosuficiente que vive dignamente. Los paisanos cultivan su huerto, comen y se abrigan de sus animales domésticos y construyen las casas con la madera extraída de la Taiga siberiana.

Las mujeres siberianas son físicamente espectaculares, lo mejor que he visto (exceptuando las filipinas). Son altas, rubias, esbeltas, con piel muy fina, elegantes y educadas. Da la impresión de que hay más mujeres que hombres (¿será por las masacres de la II Guerra Mundial y las purgas de Stalin?). Muchas rusas están deseando conocer a un occidental que les libere de sus limitaciones materiales. Buscan una huída y están contaminadas por las promesas de un mundo occidental de lujo y champán que han visto en las películas de Hollywood.

Los jóvenes están recibiendo una sobredosis de cultura occidental. De una educación opresora y una censura agobiante, han pasado de la mañana a la tarde a la NBA, MTV, Fútbol Americano, Cindy Crawford, Sylvester Stallone, Aerosmith, Spice Girls y Boney M (Sic). Los bares sólo ponen música dura (acid house, funk, disco, pop rock), mientras los más viejos, apoyados en la barra del bar, parecen aceptarla estoicamente como una moda pasajera. Cualquier icono occidental esta sobrevalorado por una juventud que se debate entre una historia y tradición demasiado lejanas, previa al comunismo, y unos valores importados, que aún no han digerido correctamente. Piensan que lo extranjero es más civilizado y rico, por lo tanto debe ser mejor. Sólo les interesa divertirse. Pero no pueden por que no tienen dinero. Los precios para entrar en discotecas y bares son prohibitivos (¡1500 pts por un gin tonic!) y solo los hijos de los potentados, los nuevos ricos y los mafiosos van a bailar a los locales. Los demás, bailan en la calle o se emborrachan.

Espero que esta situación no dure demasiado. Puede explotar. No me extrañaría el advenimiento de un Gobierno Comunista o de mano dura una vez que Yeltsin sea derrotado. No creo que esta ciega carrera en pos del capitalismo salvaje y del dinero fácil dure mucho más. El país se está viniendo abajo. Da la impresión de que a los rusos les han robado la cartera y dejado en pelotas. Pienso que en China se está realizando la transición más inteligentemente. Mi apuesta política para un plazo de tres años: un nuevo presidente que devuelva algo del bienestar perdido y con la personalidad John Wayne para acabar con la mafia. ¿Alexander Lebed?

Me permito dedicar algunas líneas a la interesante HISTORIA RUSA.

He viajado a través de un país joven. Los primeros datos históricos se remontan al año 862 d.C. En 988 el Príncipe Vladimir se convirtió al Cristianismo y sus súbditos le siguieron. En el siglo XIII el pequeño territorio ruso es conquistado por las hordas de Gengis Khan. Los rusos pagan tributos a los mongoles hasta 1490. Es este el momento en el que comienza la expansión territorial de Rusia, que no se interrumpe hasta el siglo XIX con Catalina II.

Iván III, Basilio I e Iván IV (El Terrible) son los que más contribuyen a alcanzar los 22 millones km cuadrados que hoy abarca el país. En 1585 Miguel se proclama como el Primer Zar de la dinastía Romanov, que dura hasta 1918 con el cruel exterminio de la Familia de Nicolás II durante la revolución Bolchevique. En el entretiempp, el "más grande Zar" Pedro el Grande construye San Petesburgo (ex Leningrado)

En el siglo XX Lenin accedió al poder en un país destrozado por la guerra y el hambre, con un sistema político autocrático y déspota desacorde con la realidad social y económica. Lenin se subió al carro de la revolución Bolchevique una vez que ya había comenzado. Más decidido que sus camaradas, a Lenin solo le interesaba la Revolución. Sin embargo, en la Paz de Brest Litovsk (1918), Lenin renunciaba medio país a favor de los alemanes. Murió en 1924 y fué reemplazado por Stalin.

Stalin "eliminó" a sus adversarios. Tras enormes purgas (17 millones de rusos deportados a los gulags de Siberia) comenzó a la fuerza la colectivización agraria y la industrialización a

ultranza, que dejó sin comida al país. Sólo durante la Segunda Guerra mundial, murieron entre 20 y 25 millones de rusos, la mitad de la población española.

Tras la muerte de Lenin, Breznev comenzó una tímida reapertura y denunció públicamente las atrocidades de Stalin. Con Jruschov Rusia se estancó de nuevo. Después, los viejos Chernenko y Andropov murieron demasiado rápido para dejar un legado significativo.

En 1985 Gorbachov comienza un periodo irreversible de apertura y reformas. En 1991 finiquita la URSS y proclama la independencia de 15 nuevas repúblicas. Tachado en su país como débil (hoy goza de una terrible reputación) fue superado por los acontecimientos. Se le culpa de desmembrar el país, de regalar Alemania Oriental a Europa, de comenzar un Vietnam en Afganistán, de no mantener el "status quo" político comunista, de destruir el ejército, de no proteger a los millones de rusos que se quedaron a vivir en las nuevas repúblicas, de no ajustarse con reformas políticas a la nueva realidad social y económica, de desprestigiar a la "nomenclatura" etc.

En 1991 una intentona golpista de la vieja guardia comunista catapultó a Yeltsin al poder, que se hizo famoso gritando subido a un tanque. En 1993 Yeltsin gana en un referéndum donde el 75% de los votantes le piden que siga adelante. En 1996 gana las primeras elecciones totalmente democráticas.

Yeltsin es duro, astuto y semi dictatorial, justo lo que Rusia necesitó en una primera etapa. Lo tendremos con nosotros durante algún tiempo más (no mucho), no importa si se sigue emborrachando o desapareciendo durante semanas...

En lo social y económico, el país está mucho más fastidiado de lo que hoy vemos en la televisión:

El salario medio no sube de las 30.000 pts al mes y los carísimos precios de bienes de primera necesidad están alejados de la realidad. La juventud quiere divertirse, pero pagar la entrada a una discoteca cuesta diez días de sueldo. El vodka es barato, y los rusos se emborrachan sin freno. Un kilo de carne cuesta 3.000 pesetas. Una Coca Cola 275 pesetas. No existe la clase media. Estuve en casa de dos amigos rusos y me entraron ganas de echarme a llorar cuando ví en que condiciones vivían. La clase alta se enriquece rápidamente, en muchas ocasiones a través de medios dudosos. Los militares están desprestigiados. Cientos de miles regresaron de la Alemania y Europa del Este sin casa ni trabajo. El paro se estima hoy en un 10%. Hasta hace no mucho todos trabajaban, aunque poco y sin motivación. Tenemos un sistema hipercapitalista en una cultura del "no trabajo". El ruso aun no entiende (después de 3/4 de siglo bajo el comunismo) que para ganar más dinero hay que trabajar más y mejor. Los servicios son lamentables. La tasa de aborto es de las más altas del mundo. Muchas jóvenes rusas están desesperadas por huir con un occidental. Otros recurren como tabla de salvación a la religión y el alcohol.

El porcentaje de crecimiento del PIB, que en la mayoría de los países desarrollados está entre el 3 y el 5%. En Rusia fue un -9% en 1991, -19% (!!!) en 1992, -12% en 1993 y -12% en 1994. Los datos de los últimos tres años no son tampoco halagadores. La inflación ronda el 100% anual, ocasionada principalmente por la súbita liberalización de los precios. Hace 5 años un dólar eran 30 rublos. Hoy me dan 5800 rublos por el mismo billete verde. Algunos mendigos de Moscú ponen cajas para que les tiren los billetes "chicos" devaluados. Las estanterías de las tiendas están semivacías... y muchos rusos piensan que su querido país está en venta (por ejemplo, el conflicto con Japón sobre las islas Kuriles). Hay 35 millones de jubilados, y la mayoría trabaja para sobrevivir a los 3000 pesetas mensuales de pensión. No existe protección social fiable ni subsidio de desempleo. Las leyes se aplican poco. Es difícil comenzar una nueva empresa porque los bancos no prestan (¿quién va a ahorrar con esta inflación?) y la mafia exige un importante pedazo de los beneficios. Los "cerebros" se marchan al extranjero. La sociedad está desorientada.

Espero que el panorama social sea más halagador en Mongolia.

En la próxima crónica espero narrar mis andanzas por el Desierto del Gobi, en el fin del mundo, y el Parque Nacional de Hovsgol, una de las maravillas de Asia central.